

HOMENAJE A MIGUEL DE CERVANTES (1547-1997)

I

LA EXPOSICIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

A 450 años de su nacimiento, se realizó un Homenaje a Cervantes en la Biblioteca Nacional de Madrid: consistió en una exposición de libros, inaugurada el miércoles 17 de septiembre, y la publicación de un catálogo especial, coordinado por el Centro de Estudios Cervantinos de Alcalá de Henares titulado *Cervantes. Cultura literaria*, de 138 páginas profusamente ilustradas.

Carlos Alvar explica en la Presentación que se quiso mostrar al público una buena parte de las lecturas a las que se dedicó el autor del *Quijote* y esto se sabe porque son mencionadas a lo largo de su vasta producción o por constancias diversas. Son de múltiples ámbitos y géneros; historia, religión, preceptiva, literatura caballeresca, picaresca, pastoril, etc., de modo que "ofrecen un nutrido panorama de la *cultura literaria* subyacente en la obra del inmortal escritor". Sin embargo, algunos títulos faltaron y esto se debió a que se utilizaron exclusivamente los fondos de la institución que albergó esta muestra; por ello también, varios libros se ofrecieron en ediciones posteriores a las que pudo manejar Cervantes, lo que no perjudicó el magnífico conjunto que pudo ser disfrutado.

El Catálogo, después de las consideraciones del catedrático de la Universidad de Alcalá, incluye a modo de prólogo un estudio de D. Marcelino Menéndez Pelayo -que fue Director de dicha Biblioteca Nacional- precisamente sobre la "Cultura literaria de Miguel de Cervantes" (pp. 7-25), a lo que sigue el material organizado en cinco partes, dedicadas respectivamente a "Poesía, Romancero", "Teatro", "Novela pastoril", "Novela caballeresca", "Novela picaresca", "Novela corta", "Novela

bizantina", "Poesía heroica, Historia" y una "Miscelánea" final.

Las diversas reproducciones se ubican, a razón de dos láminas por página. Así se muestran, en la sección dedicada a "Poesía, Romancero", primeramente portadas, de las que mencionaremos algunas: las sendas, del *Viaje del Parnaso* cervantino y de las *Rime*, de Cesare Caporali, donde se incluye el *Viaggio*, su fuente; la de las *Obras de Garcilaso con Anotaciones de Fernando de Herrera*, ambos poetas admirados por Cervantes, lo mismo que Góngora, del cual aparece la portada del manuscrito Chacón, y el mismo Herrera, representado por la edición de *Algunas obras [...]* de Sevilla, 1582, entre otros líricos que se celebran en *El viaje del Parnaso*, la *Adjunta al Parnaso*, *La Galatea* y el *Quijote*, como Francisco de Aldana, del que se incluye la portada de la *Primera Parte de las obras que hasta agora se han podido hallar*, edición de Milán, s.a., o Juan de Jáuregui, Alonso de Ledesma, Lope, o menos conocidos como Gabriel López Maldonado, Fray Pedro de Padilla, muy elogiado en su tiempo y al que se alude en el *donoso escrutinio* de la biblioteca quijotesca; "el gran Francisco de Rioja", según lo distingue Cervantes en *El viaje del Parnaso*; también el Conde de Villamediana, del que se recuerdan sus *Obras Satýricas*, etc.

Además, el lector puede encontrar reproducción de folios con versos de autoría cervantina (a propósito de la pérdida de la armada que envió Felipe II a Inglaterra en 1588; al túmulo del mismo rey; y el difundido "Vimos en julio una Semana Santa", en torno al saqueo de Cádiz) o de otros poetas, como Juan de Arguijo o Pedro Laýnez.

En muchos casos, las reproducciones suelen ir acompañadas de la indicación también de las ediciones actuales, lo que resulta un complemento de interés.

Una docena de Romances, en sus versiones del XVI, ejemplifica este género permanentemente actualizado en el imaginario de Don Quijote: el del Conde Guarinos; uno de Durandarte; otros, acerca de la derrota del rey don Rodrigo, "Los vientos eran contrarios" y "Don Rodrigo rey d'España". También, referido al pedido del cuerpo de Héctor, "De Troya sale Antenor", el famoso "Assentado esta Gayferos", junto a las *Octauas a la prision de Melisendra*, único impreso en 1601, que ostenta el grabado lateral derecho de dimensión anómala. Con los romances, "Helo helo por do viene", "O belerma o belerma", las *Glosas de los romances que dizen Cata Francia montesinos* y las portadas de *El romance muy antiguo y viejo del moro Alcaýde de Antequera* y de *Aquí comiençan dos romances del Marques de*

Mantua, se ha conformado una excelente selección.

El apartado dedicado al "Teatro" se abre con la reproducción de la portada de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos. Nunca representados* del mismo Cervantes, quien comentó en su prólogo que había compuesto muchas comedias más, pero que "entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica"; intentó sin éxito hacerlas representar, por lo que, según declara: "Aburríme y vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa como aquí te las ofrece". En el mismo prólogo, hace mención de la tragicomedia *Los tratos de Argel* "que yo compuse" y que, sí, "se vieron en los teatros de Madrid representar", de la que aparece reproducido un folio, al igual que de la *Comedia del cerco de Numancia* y también de la *Comedia famosa del servir sin lisonja*, del no muy estudiado Gaspar de Ávila. Siguen distintas portadas, de obras de dos dramaturgos valencianos, Guillén de Castro y Andrés Rey de Artieda; de Lope de Rueda, Feliciano de Silva y Francisco Agustín Tárrega; de las *Rimas* de Lope de Vega y de las *Seis Comedias* del mismo, en la edición de Lisboa de 1603, entre otros.

La "Novela pastoril" está ejemplificada inicialmente con la portada de la *Primera Parte de La Galatea* cervantina; siguen las de *El pastor de Philida* de Gálvez de Montalvo, juzgada "joya preciosa" en el citado episodio del escrutinio de la biblioteca de Don Quijote; de la *Primera Parte de las nimphas y pastores de Henares* de Bernardo González Bobadilla en la impresión de Alcalá de 1587; de *Los diez libros de Fortuna de Amor* de Antonio de Lofrasso (en cuyo libro VI surgen los pastores Dulcineo y Dulcina); de *Desengaño de celos* de Bartolomé López de Enciso; de las dos *Dianas*, la de Montemayor y la continuación de Alonso Pérez, así como del modelo italiano, la *Arcadia* de Sannazzaro, traducida y editada en Salamanca en 1578, y también la *Aminta* de Torcuato Tasso, en versión de Juan de Jáuregui, también muy elogiada por Cervantes en el capítulo XII del *Quijote* de 1615; la portada final corresponde al impreso de la *Arcadia* de Lope de Vega, de Madrid, 1599.

El apartado de "Novela caballeresca" se abre oportunamente con cuatro portadas: de las ediciones primera y segunda del *Quijote*, de Juan de la Cuesta, 1605; de la *Segunda Parte* del *Quijote*, también impresa en dichos talleres madrileños, en 1615; y del *Quijote* considerado *Apócrifo*, publicado en Tarragona en 1614, obra de un personaje no identificado con seguridad y que aparece como "el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda".

Agreguemos la opinión autorizada de Martín de Riquer: "Yo creo que Cervantes supo quién era su fraudulento continuador, pero que su venganza consistió precisamente en enmascararlo, en borrar su personalidad reduciéndolo al anónimo y en desorientar a los curiosos con falsas pistas y vaguedades intencionadas" (Miguel de Cervantes, *Obras Completas. I. Don Quijote de la Mancha seguido del Quijote de Avellaneda*. Edición, introducción y notas de Martín de Riquer. Barcelona, Planeta, 1967, pp. LXXXIV-LXXXV). A los diversos nombres que se han conjeturado (de varios dominicos, Blanco de Paz, Alonso Fernández; de numerosos escritores, Ruiz de Alarcón, López de Úbeda, Castillo Solórzano, Salas Barbadillo, Argensola, Quevedo, Tirso, Mira de Amescua, Lope de Vega, etc.), Riquer añadió otra hipótesis: pudo haber sido un soldado aragonés llamado Gerónimo de Passamonte (v. Martín de Riquer, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988).

Aparece después representado un conjunto de los considerados mayores responsables de la locura quijotesca, comenzando por "el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto", según el barbero, es decir, *Amadís de Gaula* en su edición de Salamanca de 1575, a cuya portada siguen las de la *Chronica de los famosos y esforçados cavalleros Lisuarte de Grecia [...]* y *Perion de Gaula [...]*; de *Amadís de Grecia*; de la *Tercera Parte de Florisel de Niquea* así como un folio con la dedicatoria de *Don Rogel de Grecia*.

También se reproduce la portada de *Belianís de Grecia*, en la cuarta edición de 1587 del *Libro Primero* donde, como en las tres ediciones anteriores, se añade el *Libro Segundo*. Creemos que es de interés advertirlo ya que en torno al *Belianís* hay un problema de fechas: en este mismo catálogo, pese a la exactitud de sus datos, se incluye un error de larga tradición, que consiste en adjudicar a este año de 1587 (p. 75) -justamente por confusión con esta fecha de la 4a. edición de los *Libros Primero y Segundo*- la aparición de las *Tercera y Cuarta Partes*, que se habían publicado antes (Burgos, Pedro de Santillana, 1579).

Una decena de portadas más y dos reproducciones del comienzo, respectivamente, del *Tercero Libro del Caballero del Felo* y del *Palmeirim de Inglaterra*, cierran la espléndida selección de los libros de caballerías "lentos de disparates y devaneos", como juzgaba severamente el cura: así se contemplan, siempre en facsímil reducido, la portada de *La historia del Emperador Carlomagno [...]* impreso en Barcelona en 1612; del *Cirongilio de Tracia*; de *La demanda del sancto Grial con los marauillosos fechos de Lançarote*

y de Galaz su hijo; de *Espejo de cauallerias*, estos tres últimos publicados en Sevilla; del *Felixmarte de Hircania*; del *Lepolemo* de Salazar y de la continuación de Pedro de Luján; de *Olivante de Laura*; del *Palmerín de Oliva* y de *Tablante de Ricamonte*.

La *vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, anónima, considerada primera representante de la "Novela picaresca", abre la sección destinada a este género en la edición de Martín Nucio de 1554; *Primera parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* y *Segunda Parte de la vida* del mismo, también obra de Mateo Alemán; *La Pícaro Justina* de López de Úbeda; *Historia de la vida del Buscón*, en su *princeps* de 1626 y *La hija de Celestina* de Salas Barbadillo (aunque "a caballo entre la picaresca y la cortesana"), que mereció el homenaje cervantino en el *Viaje del Parnaso*, con sus respectivas portadas, integran esta sección.

Sigue la correspondiente a la "Novela corta", en primer lugar con la portada de la primera edición de las *Novelas Exemplares*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1613, la colección de doce relatos cortos cuya *ejemplaridad* aún es motivo de distintas interpretaciones críticas. Los cinco casos restantes ilustran al lector sobre obras que influyeron sobre Cervantes en cuanto a esta narrativa breve o que, por el contrario, le son deudoras: *Historias Trágicas Exemplares*, traducción española de catorce de las más de doscientas "novellas" de Bandello, Valladolid, 1603; la versión de *Gli Ecatommiti* de Giraldi Cinthio, Toledo, 1590; la *Parte Primera del Libro intitulado Noches de Inuierno* de Antonio de Eslava, Barcelona, 1609; *El cavallero puntual* de Salas Barbadillo, Madrid, 1614, de reminiscencias quijotescas, y finalmente la *Primera Parte de las Patrañas* de Timoneda, publicada en Alcalá de Henares en 1576.

Cinco ejemplos reúne el espacio dedicado a la "Novela bizantina" que, justificadamente, se abre con la reproducción de la portada de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la obra cervantina póstuma, Madrid, Juan de la Cuesta, 1617. Aparecen después representadas la *Selva de aventuras* de Jerónimo Contreras, Salamanca, 1580; la versión en romance de la célebre obra de Heliodoro, *Teágenes y Cariclea*, Alcalá, 1587; la *Historia de los amores de Clarea y Florisea* de Núñez de Reinoso y *El peregrino en su patria* de Lope de Vega, Sevilla, 1604.

En la sección de "Poesía heroica, Historia", se reproducen portadas de 30 obras: desde *Los nueve libros de las Haudas* de Jerónimo de Arbolanche, publicado en Zaragoza, en 1566, recordado por Cervantes en

el *Viaje del Parnaso*; la *Conquista de las islas Malucas* de Argensola, Madrid, 1609; *Orlando furioso*, de Ariosto en la traducción castellana de Jerónimo de Urrea, publicado en Venecia, A la Enseña de la Salamandra; la *Primera Parte de la Angélica* de Barahona de Soto, "uno de los famosos poetas del mundo", según declara Cervantes en el primer *Quijote*; *Orlando enamorado*, de Mattheo Boiardo en la traducción castellana publicada en Alcalá en 1577, también elogiado en el ya mencionado capítulo VI del *Quijote* y *La hermosa de Angélica*, el poema de Lope publicado en Madrid por Pedro Madrihal en 1602; *Los Lusíadas* de Camoes, vertidos en octava rima castellana por Benito de Caldera: Cervantes, en *La Galatea*, pondera especialmente a este traductor. De *La segunda parte de Orlando con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles* de Nicolás Espinosa, se reproduce un folio que incluye la Aprobación. El material restante está integrado por los facsímiles de las portadas de obras conocidas como *La Araucana*, de Alonso de Erzilla que "meresce eterno y sacro monumentos", según afirma Cervantes en *La Galatea*; el *Arauco domado* de Pedro de Oña, en la edición de Juan de la Cuesta de 1605; el *Passo Honroso* de Pedro Rodríguez de Lena, en la edición de Salamanca de 1584; la *Jerusalem libertada* y la *Jerusalem conquistada*, obras de Tasso y de Lope, respectivamente, en sus traducciones castellanas: de la primera dice Cervantes en el *Persiles* que Torcuato Tasso "había de cantar Jerusalén recuperada con el más heroico y agradable plectro que hasta entonces ningún poeta hubiese cantado"; la *Eneida* virgiliana en la versión en octava rima castellana de Gregorio Hernández de Velasco, publicada en Toledo en 1574; *El Montserrat* de Cristóbal de Virués, y del autor de la notoria *Miscelánea*, Luis de Zapata, su poema *Carlo famoso*, en la edición de Ioan Mey de Valencia, 1566. También dedicada al emperador Carlos, la *Primera Parte de la Carolea*, aparece en su portada de la edición de Lisboa de 1585; junto a una versión de la *Odisea: La Vlyxea de Homero, traducida de griego en lengua castellana* de Gonzalo Pérez, Venecia, Francisco Rampazeto, 1562, etc.

La "Miscelánea" final reúne reproducciones de 31 portadas y de dos folios que incluyen, el uno, del *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo Correas (Ms. 4450) los primeros correspondientes a la letra A, manuscrito de sumo interés por la gran cantidad de correcciones, tachaduras e interpolaciones, que sólo fue editado a comienzos de este siglo; el otro, reproduce la página de apertura de la *Philosophia vulgar en que se declaran mil refranes* del sevillano Juan de Mal Lara (Sevilla, Hernando

Díaz, 1568), dedicada a "A Dios rogando, y con el maço dando". Las portadas son fieles al título de la colección y así ilustran variadamente *El asno de oro* de Lucio Apuleyo, traducido en romance castellano, Madrid, Andrés Sánchez, 1601; *Los Asolanos* de Pietro Bembo, también en su versión castellana, Salamanca, 1551; *El cortesano* de Castiglione según la traducción de Boscán; *El perfecto regidor* de Juan de Castilla y de Aguayo, Salamanca, 1586; *Libro que trata de la filosofía de las armas y de su destrezza*, de Jerónimo de Carranza, Sanlúcar de Barrameda, 1582; *Tratado de todas las enfermedades de los riñones* de Francisco Díaz, que incluye un soneto laudatorio de Cervantes, en edición de Madrid, 1588; *Tratado del amor de Dios* del afamado predicador agustino Cristóbal de Fonseca, Salamanca, 1592, que mereció el siguiente juicio en el prólogo al primer *Quijote*: "en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a desear en tal materia"; las *Epístolas familiares* y el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de Antonio de Guevara, Salamanca, 1568 y Alcalá, 1592, respectivamente; el *Examen de ingenios* de Juan Huarte de San Juan que debió influir en la configuración del comportamiento de Don Quijote, Baeza, 1594; *De los nombres de Christo* de Fray Luis de León, en la edición de Salamanca, 1583; *Los libros de la Madre Teresa de Jesús*, publicación de Guillerme Foquel, también de Salamanca, 1588; *Jardín de flores curiosas* de Torquemada, 1570, entre otros.

Los visitantes a esta magnífica exposición y los lectores de este cuidado catálogo de excelente presentación, debemos agradecer el esfuerzo de todos los organizadores, ya que además de ayudarnos a recordar la "Cultura literaria cervantina" e incitarnos a conocer sus fuentes, la diversa ornamentación expuesta ofrece amplias posibilidades de estudio de escudos, viñetas, orlas, grabados, y de numerosos elementos paratextuales que permanecen en estas portadas a la espera de la investigación que desentrañe su verdadero significado, v.g. las dedicatorias, que tantas veces se reemplazan o desaparecen en las sucesivas ediciones.

Imaginar cómo pudo influir la lectura de cada una de estas obras en la mente cervantina, originalmente creadora, debió llevar a la reflexión a cada uno de los que contemplamos la excepcional muestra como a todo lector de su Catálogo, constituyéndose realmente en un digno Homenaje a quien Don Marcelino dedicó conceptos aún vigentes:

"El genio de la novela había derramado sobre Cervantes todos sus

dones, se había encarnado en él", ya que, especialmente el *Quijote* pertenece a "una nueva categoría estética, original y distinta de cuantas fábulas ha creado el ingenio humano, trascendental y eterna como las grandes epopeyas, y al mismo tiempo doméstica, familiar, accesible a todos, como último y refinado jugo de la sabiduría popular y de la experiencia de la vida".

Lilia E. F. de Orduna

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas

II

CERVANTES REBELDE

(GLOSADO POR HEINRICH HEINE):
HACIA UNA LECTURA DISTINTA DEL QUIJOTE

En 1997 toda Europa celebra, con rara unanimidad, los aniversarios de dos grandes autores de la literatura universal. El 29 de septiembre, el 450 aniversario de Cervantes, y el 13 de diciembre, el 200 aniversario de Heinrich Heine, el gran poeta alemán del siglo XIX. Hay, sin embargo, otro particular que les asocia: en 1837, ya en su exilio parisino, Heine escribió un prólogo para la traducción alemana del *Quijote* realizada por Ludwig Tieck¹.

El prólogo de Heine comienza con una serie de recuerdos sentimentales, poniendo de relieve la fascinación que la figura y los hechos del célebre caballero ejercieron sobre su ánimo de niño. Sin embargo, los recuerdos juveniles del poeta se van convirtiendo paso a paso en una crítica literaria sumamente elogiosa. Como más tarde en su ballet "El doctor Fausto", Heine se nos presenta como un investigador de la recepción literaria *avant la lettre*. En la introducción a esta última obra esboza el desarrollo de la leyenda de Fausto a partir de las obras populares del siglo XVI hasta llegar a ser uno de los temas predilectos del siglo XIX. En el caso del *Quijote* descubre rasgos ingeniosos que le solidarizan con el héroe de la novela y, aún más, con su famoso autor. Heine ve en Cervantes un rebelde enfrentado al poder del Estado y a las autoridades, más afortunado, sin embargo, que él mismo. Es decir, en manifiesto contraste con el resto de los románticos alemanes, que "metafusilan" el *Quijote*, adivina gustosamente las intenciones reacias que Cervantes, con sibilina ironía, expresó entre líneas en su obra maestra. Se suele decir que una característica de las

¹ Miguel de Cervantes Saavedra: *Leben und Taten des scharfsinnigen Edlen Don Quixote von La Mancha*, in der Übertragung von Ludwig Tieck, Retten & Loening, München, 1961. Geleitwort von Heinrich Heine, pp. 7-19.

grandes obras es su capacidad de ofrecer a cada nueva generación una nueva forma de leerla. Pero aun cuando cada época descubre a su propio Quijote, vemos que coexisten en el mismo momento histórico vertientes contrapuestas, que parecen reflejar, más que el espíritu de época o de la propia obra, el carácter del lector en cuestión. ¿Qué otra cosa iba a encontrar, podría decirse, alguien como Heine, más que subversión e ironía? Buscar apoyo para esta lectura del *Quijote*, tanto en el propio texto como en comentarios de la época de Cervantes, es el propósito de estas reflexiones.

La situación delicada del texto y por ende de su autor, teniendo en cuenta las costumbres al uso de la época, se evidencia a mi parecer en un acontecimiento relacionado con la aprobación de la segunda parte del *Quijote*, que relata su contemporáneo Márquez Torres. El censor del Santo Oficio al que había entregado el manuscrito, estaba evidentemente resuelto a no dejarlo pasar sin enmiendas sustanciales, conforme probablemente a las órdenes de sus superiores. Pero en aquellas fechas, concretamente el 25 de febrero de 1615, el cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo Sandoval y Rojas, recibía, acompañado de algunos de sus capellanes, entre ellos aquel Márquez Torres, una visita del poderoso embajador francés. Éste había acudido a Madrid en misión extraordinaria para concluir definitivamente el contrato de bodas de los príncipes, convenido ya en 1612. Se habló de literatura y llegaron al *Quijote*, que los señores de la embajada francesa alabaron sobremanera felicitando por haberse escrito semejante obra en su tierra, con los elogios más extremados a sus interlocutores, quienes a su vez se veían obligados a agradecerlos con la mejor de sus sonrisas. En estas circunstancias, el clérigo entendió enseguida que una crítica severa o incluso la prohibición del volumen era imposible por razones políticas superiores. Pidió nuevas instrucciones y Cervantes, esta vez también, escapó sin restricciones notables.

La anécdota es graciosa, y si nos tomamos además el trabajo de analizarla, llegaremos a resultados sustanciosos.

En 1605 Cervantes y su *Quijote* pasan la censura clerical sin notables dificultades. Sólo hay unas objeciones menores; el censor considera por ejemplo que un rosario que consiste en trozos anudados de la camisa, tal como don Quijote lo confecciona en Sierra Morena, es irreverente y exige una corrección. Otros ejemplos semejantes parecen servir en primer lugar para dar una impresión de diligencia escrupulosa

por parte del censor.

Esto nos da una pista para reconstruir con cierta probabilidad el paso del manuscrito por las manos del Santo Oficio: es una actitud humana bien conocida, y nos lleva a imaginarnos a nuestro censor como una persona sobrecargada de trabajo o de temperamento algo indulgente. Entre la masa enorme de manuscritos que debe juzgar son relevantes (y para él interesantes en su calidad de experto) sobre todo los de materia teológica. Cuando el auténtico trabajo de un censor había sido juzgar los escritos y poemas de hombres de la Iglesia, aunque fueran ovejas descarriadas como aquel Luis de León o Juan de Santa María, cuando se trataba de valorar obras tan delicadas y políticas como el *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano* de Pedro de Rivadeneyra, o la doctrina de Luis de Molina sobre la Gracia Divina, o las grandes obras de Francisco Suárez, o las innumerables obras de teatro que iba a ver toda la capital: quién iba a tener tiempo para revisar al detalle algo como *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, escrito por un perfecto desconocido? Así, el censor se pone a hojear el voluminoso manuscrito hasta topa con unos pasajes censurables, sin interesarse por la historia, ni mucho menos por las posibles intenciones de su autor o qué quería transmitir a sus lectores. Tal vez por esta razón no advirtió tampoco que el mensaje más importante estaba entre líneas.

En tiempos de una censura rigurosa, lo sabemos ahora muy bien, se aprende a leer entre líneas, y precisamente eso hicieron los contemporáneos de Cervantes en el caso del *Quijote*. De ello resultaron un entusiasmo y una acogida triunfales: primera edición en Madrid, en el mismo año 1605 otras dos, las de Lisboa y Valencia; 1607 la de Bruselas; 1608 otra en Madrid; 1610 la de Milán, y 1611 otra en Bruselas. Las traducciones siguieron en el acto. Visto esto, un decreto prohibitivo ya se había vuelto imposible: hubiera sido lo mismo que declarar públicamente que se habían dormido, algo que ninguna autoridad reconoce de buen grado.

Ahora bien, el libro alcanzó un éxito de lo más espectacular que nadie hubiera esperado, y el que menos, el autor. Ya había muchos libros de caballerías en España, y no pocas parodias: ¿por qué entre tantos es precisamente el suyo el que impresiona al público de manera tan asombrosa? El éxito en el extranjero que refleja la anécdota arriba referida

podría basarse en parte en la coincidencia con opiniones preconcebidas sobre el carácter popular español, es decir, en el firme convencimiento por parte de la delegación francesa de encontrarse en un país poblado por locos, brutos, sin cultura, ruidosos, etc., etc.; ver confirmados semejantes prejuicios por un propio español sería razón de sobra para especial regocijo. Sin embargo, la gran acogida que le dispensaron los conciudadanos de Cervantes a su obra tiene razones diferentes, muy importantes para nosotros y para la comprensión de la obra. ¿Cuáles son estas razones? O, formulado de otra manera, ¿cuál es el componente del texto cervantino que causa ese júbilo tan espontáneo y casi unánime?

Lo que Cervantes hace ver a su lector, durante largos pasajes del *Quijote*, lo podríamos llamar en un sentido más amplio una crítica burlesca de la autoridad del estado y del abuso del poder. Los tópicos son más o menos los mismos que hoy en día: la arrogancia de las autoridades, su prepotencia y arbitrariedad en el uso del poder, y la incapacidad manifiesta de los gobernantes.

No es casual que el episodio más conocido sea aquel donde nuestro héroe pone la lanza en ristre, da las espuelas a su montura y galopa contra los molinos de la Mancha que considera gigantes. Obviamente, de poco le sirve su valor y acaba derribado por el suelo. Ahora bien, ¿cuántos entre los que se han atrevido a rebelarse, obstinarse contra una ordenanza de una autoridad evidentemente injusta o incluso absurda, han terminado mordiendo el polvo a la par que el insigne caballero?

Si bien este caso puede parecer una interpretación excesiva poniendo en boca de Cervantes una metáfora profética sobre la maquinaria del poder, podemos tomar otros ejemplos más concretos y no menos ilustrativos.

En el primer capítulo del libro tercero, el autor relata la contienda con los chalanes de Yanguas, que termina con una paliza para el caballero y su escudero. En el capítulo cuarto, Don Quijote ataca un rebaño de carneros encubierto en una espesa polvareda, que confunde con caballeros enemigos. Por variar, los pastores le propinan otra paliza. En el capítulo sexto del libro undécimo, en la ruta de Barcelona, viene hacia los viajeros un tropel de toros bravos. Los vaqueros gritan y gesticulan, pero a Don Quijote le parece que son los animales los que deberían dar paso al hombre, sobre todo tratándose de un caballero, y naturalmente es atropellado. En el último libro es un tropel de seiscientos cerdos que son llevados al

mercado y que derriban todo y a todos los que no huyen en el acto.

La repetición más que llamativa del motivo, fuera del *Quijote* apenas conocido, no dice nada al lector del siglo XX. Hecho curioso, porque quienes conducen hoy en día por las mismas carreteras, habrán conocido situaciones parecidas, enfrascados en un atasco o pasando un mal rato, perseguidos por algún camión impaciente. Volviendo a la época, en los siglos XV y XVI España vivía en buena parte de la producción y exportación de la lana, y en los cambios de transhumancia los pastores seguían rutas tradicionales que atravesaban todo el país, las llamadas cañadas.

Si bien hoy en día se valoran ya como una tradición amenazada que se intenta mantener y recuperar como parte de la economía rural, en aquel tiempo, cuando por ellas circulaban cientos de miles de cabezas de ganado, topar con un rebaño suponía para un viajero de a pie o a caballo un incidente tan habitual como fastidioso. Pero hay más: la supervisión de las cañadas estaba en manos de una asociación de ganaderos, la Mesta, que poseía a causa de antiguos privilegios una jurisdicción especial (le permitía incluso pronunciar, en caso extremo, la pena de muerte contra campesinos que se hubieran atrevido a cultivar el terreno de la cañada). La enorme magnitud del poder de la Mesta, que incluía también la influencia económica, y que alcanzó su punto álgido en el siglo XVI, le había creado muchos adversarios, entre ellos no sólo los campesinos pobres, sino también los grandes hacendados, nobles, municipios y los tribunales de la Corona. A comienzos del siglo XVII se reducían considerablemente los privilegios de la Mesta, y en vistas del rechazo popular, que se reflejaba en una creciente hostilidad en cancillerías y tribunales públicos, incluso se barajaba su eliminación total. Dejando aparte los intereses económicos y de poder de sectores concretos, la animadversión general se hace mucho más comprensible si nos ponemos en el lugar de quienes pasaban por experiencias personales tan desagradables como las que sufría el héroe cervantino, y sus exabruptos eran eco de lo que habrían dicho muchos en más de una ocasión.

Otro tema candente que llegaba fácilmente al público de su tiempo, eran los monjes y frailes. Cada vez que Don Quijote se topa con ellos, monta en cólera y se lanza al galope para apalea a todo aquel que no se salve en una huida precipitada. Otras tantas veces ocurre que con su acucia exaltada, su rocín acaba por dar un tropezón y ambos caen de bruces al

suelo, y en estos casos son ellos los que reciben una "manta" de palos de mano de los mozos de los clérigos. Estos airados ataques suelen carecer de motivación alguna, por lo que resultan aún más cómicos.

Con estas aventuras Cervantes se asegura la aclamación desenfadada de buena parte de su público, aunque no así la del censor. Sin menoscabo de los méritos de las órdenes eclesiásticas respecto a los cuidados dedicados a pobres y enfermos, no faltaban tampoco razones de enojo y disgusto entre la población. No todos los que llevaban hábito en la época lo hacían por vocación; quien observaba los conventos con ojos críticos, veía en ellos no solo comunidades dedicadas a la devoción y la obra pía, sino asilos de gandules sin disciplina ni moral, protegidos por su condición clerical y con una arrogancia poco propia de frailes mendicantes. Y, para más señas, hay otra razón, poco reflejada en la literatura española del Siglo de Oro, pero tanto más en la literatura novelística italiana y francesa, hasta el punto de convertirse en un tema dominante. Desde los *fabliaux* y las novelas cortas de Boccaccio, del secretario apostólico Poggio Bracciolini, del obispo Matteo Bondello o de la pía princesa Margarita de Navarra, el fraile lascivo que acecha a las mujeres e hijas de los vecinos, es un tema variado sin cesar. Cuando el río suena... pues bien, en tiempos de Cervantes había, solamente en Madrid, unos ¡trescientos! conventos.

Poder corporativo, poder eclesiástico, poder del Estado. Una última aventura que mencionamos en este contexto es la liberación de los galeotes. El ilustre hispanista Werner Krauss lo comenta así: "El día anterior, don Quijote había sostenido su lance más bravo y arriesgado, que aún hoy en día hace llenarse los corazones de júbilo: pensamos en la liberación de los galeotes, vigilados por la policía. En la España de Felipe II un acto semejante no podía quedar sin consecuencias. Ni siquiera don Quijote puede hacer la vista gorda a la gravedad de la situación. Como percibe pronto, la Santa Hermandad ya pisa sus talones, provista con un mandato de arresto contra el liberador malvado. El lector debe saber que bajo el nombre respetable y majestuoso se esconde la policía más temida y terrible en los tiempos de Cervantes. La cofradía de la Santa Hermandad se componía esencialmente de bravucones matriculados. Tenía el privilegio de matar al delincuente en el acto, mechado de flechas, como un San Sebastián. Por ello, en la España de Cervantes las más de las veces se

pronunciaba su nombre con miedo"².

El mismo Cervantes se da cuenta claramente que con este episodio llega a un límite. Si bien puede suponer entre parte del público, como también lo hace Krauss, una postura crítica frente a los abusos de poder y en consecuencia tiene que poner en tela de juicio también su legitimidad para imponer el castigo; el autor sabe que puede leerse como una apología abierta de la insubordinación, actitud a la cual toda autoridad suele responder con la máxima dureza. La condena a las galeras era pena durísima, que en muchos casos implicaba también la muerte, y a don Quijote su corazón compasivo le lleva a una acción que Cervantes mismo se da prisa en calificar como desatinada, como evidencia con el final del episodio. Que la actitud noble de su héroe no se corresponda con la de los presos que se ven beneficiados por ella, no quita sin embargo que sea planteada la cuestión de su liberación en sí; plantearla como acertada, quizás no ha sido nunca la intención de Cervantes, pero si lo fuera, hubiera sido en todo caso muy arriesgado. Andando sobre una placa de hielo sumamente delgada, resuelve con habilidad acertada la delicada situación: la aceptación tácita de las insinuaciones de Sancho por el héroe, su mutismo ante las quemazones del cura, y el apaciguamiento de los policías conseguido por sus amigos con gran despliegue de diplomacia. Todo ello deja entender que Cervantes quiere delimitar inequívocamente su propia posición, por medio de una crítica indirecta al acto espontáneo de su héroe.

Se podría seguir con otros ejemplos, como con la actuación de Sancho en su corta carrera de Gobernador, crítica implícita a la ineptitud de los gobernantes reales, para demostrar la patente inclinación rebelde de Cervantes, con una crítica mordaz que sin embargo se disfraza de inocente desahogo. La base misma, la pieza clave y maestra es su invención genial: presentar su héroe como enloquecido por la lectura exagerada de los libros de caballerías. No se puede objetar nada, al contrario, ni la Iglesia ni el Estado veían la proliferación de estos libros con buenos ojos y querían disuadir de su lectura. Eso mismo podía argumentar Cervantes ante el censor dispuesto a condenarle. Lo que tan gustosamente describía y sacaba a relucir, los golpes que recibía, pero que también repartía su héroe, y su

²Werner Kraus, *Miguel de Cervantes: Leben und Werk*. Berlin: Neuwied und Luchterhand, 1966, pp. 126-27.

actitud completamente irreverente ante autoridades que él no había aceptado libremente como tales, todo ello se presentaba como actuaciones de un pobre enloquecido, indignas de un cristiano viejo en plenitud de sus facultades mentales, respetuoso de la Iglesia y la Autoridad, como un postulado inequívoco y por eso mismo provocador. Y por si fuera poco, provocado por la lectura de unos libros contra los cuales la madre Iglesia tan sabiamente prevenía a su pueblo. El loco que atina diciendo verdades, es un recurso conocido; presentar al loco diciendo disparates para actuar de hecho dando salida a un descontento popular, es la apuesta propia de un ingenioso autor. No cabe duda que el señor Márquez Torres, el erudito censor, sabía perfectamente que Cervantes era impertinente, rebelde, obstinado a no dejarse tener bajo tutela ni por la Iglesia ni por el Estado. Tampoco cabe duda que su defensa, tan sofisticada como descarada, poco le hubiera importado para pronunciar una fulminante condena, pero allí estaban esos entrometidos de la embajada. Puede que al gozo de la delegación francesa por descubrir una brizna de paja en el ojo ajeno, debamos agradecer que la obra maestra de Cervantes haya llegado incólume a nuestras manos.

Theo Reichenberger